

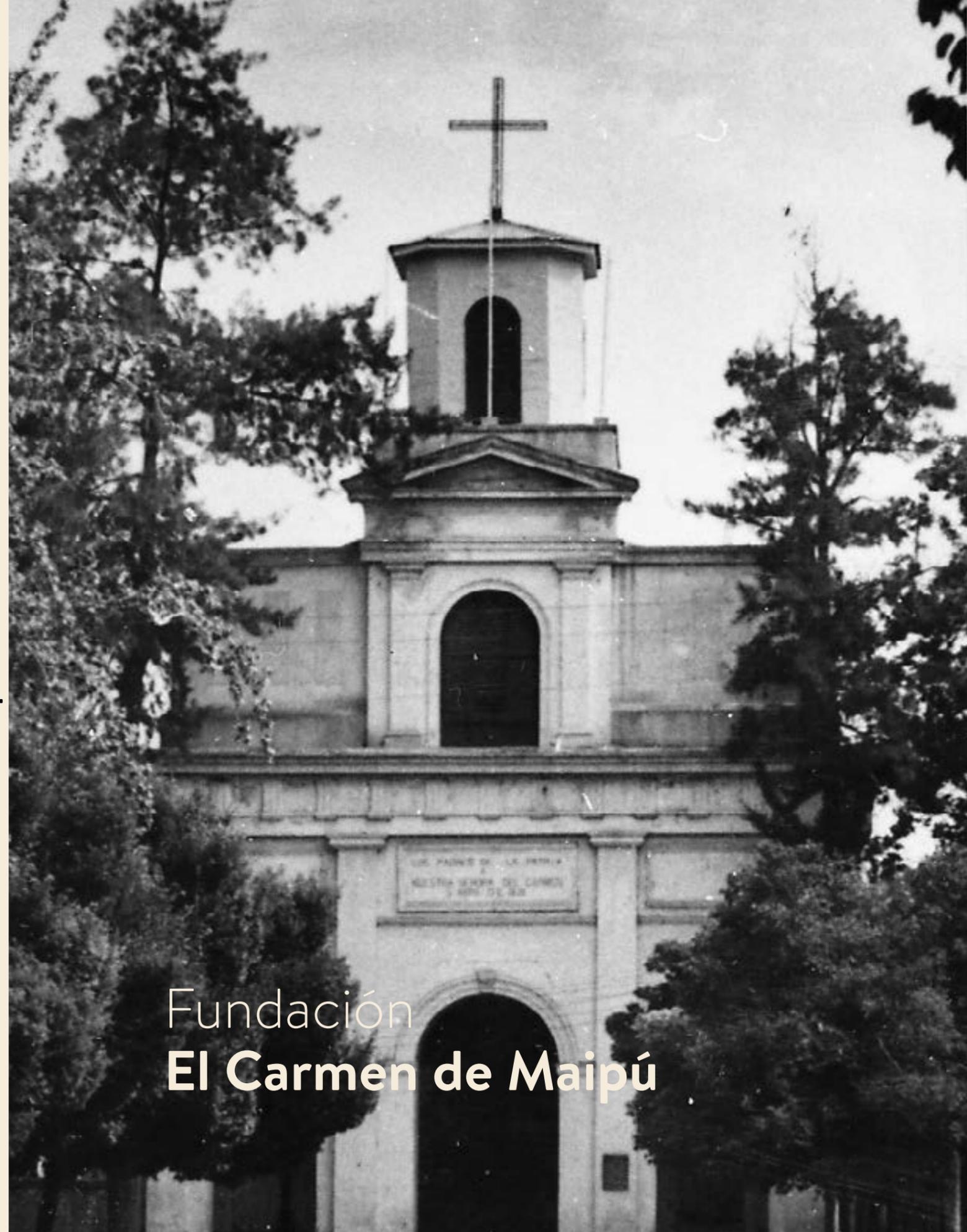
Desde hace 25 años, la Fundación El Carmen de Maipú apoya pequeños desarrollos en la comuna que han repercutido, de una u otra manera, en la vida espiritual de sus habitantes. En estas páginas repasamos los principales hitos de su historia y el recorrido en el que han financiado diversos proyectos que han permitido a religiosos y laicos soñar en grande.



memoria  
creativa

Fundación **El Carmen de Maipú**

Fundación  
**El Carmen de Maipú**



Fundación

**El Carmen de Maipú**

Fundación  
**El Carmen de Maipú**



Edición y diseño: Memoria Creativa  
Fotografías: Archivo Jaime Mallea Peñaloza  
Impreso en Santiago  
Junio 2023  
Todos los derechos reservados

## ÍNDICE

---

<b>6</b>	<b>La historia detrás de la Fundación</b>
12	El origen
20	Primeros pasos
25	Operación cotidiana
31	Adaptarse a los tiempos
36	Manos a la obra
<b>44</b>	<b>Directores</b>

# La historia detrás de la Fundación

Silenciosamente, desde hace 25 años, la Fundación El Carmen de Maipú apoya pequeños desarrollos en la comuna que han repercutido, de una u otra manera, en la vida espiritual de sus habitantes. A través de la compra de un sistema de amplificación que facilita la comprensión de la eucaristía dominical, por ejemplo, o de la adquisición de bancas adecuadas, del arreglo de una techumbre o de la ampliación de una sala de reuniones, la Fundación se ha preocupado de que las capillas y parroquias de Maipú sean recintos amables y cómodos para el crecimiento espiritual de las personas.

Si bien la Fundación nació el 29 de diciembre de 1993, su auténtico germen posiblemente se remonte a los lejanos orígenes de la antigua Parroquia Nuestra Señora del Carmen de Maipú en 1895, cuando las consecuencias de la Guerra Civil todavía agobiaban a los chilenos en las ciudades y, sobre todo, en los sectores rurales, como Maipú, entonces un pueblito de calles de tierra próximo a Santiago.



Municipalidad de Maipú, a principios del siglo XX.  
Créditos: La Voz de Maipú.

A fines del siglo XIX, el arzobispo de Santiago Mariano Casanova firmó un decreto que convirtió en sede parroquial la antigua Capilla de la Victoria, la cual había sido inaugurada en 1892, ¡después de 64 años de construcción! La primera piedra había sido puesta en 1818 por el general Bernardo O'Higgins para agradecer a la Virgen del Carmen la victoria del Ejército de Chile en la Batalla de Maipú, peleada en ese exacto lugar.

Dicha capilla pasó a ser la Parroquia Nuestra Señora del Carmen, una construcción solitaria, rodeada de campos y fundos que permaneció así por largos años. "Era el único edificio en medio del campo. No había nada más", dice el historiador Jaime Mallea, especializado en la historia de Maipú. Tenía hasta un cementerio propio que durante buena parte del siglo XX fue el único en el sector.

Paulatinamente, la población a su alrededor comenzaría a crecer, y con ello se originaría un considerable progreso, pero durante mucho tiempo se mantuvo como el único espacio que convocaba a los escasos vecinos, en su mayoría campesinos, a reunirse en torno a la palabra de Dios.

El primer párroco fue Germán Gamboa Flores, un sacerdote que fue muy querido por los fieles. Su vocación y trabajo inspiraron a varios, como a la vecina de la comuna Trinidad Argomedo, quien en su testamento de 1915 estipuló la donación de un terreno en las cercanías, para que su explotación le generara a la parroquia ingresos extra. Las tierras estaban ubicadas en las calles Monumento y 5 de abril, a pocas cuadras de la parroquia. Los caminos, entonces, aún eran de tierra y piedras, pero con el progreso que los años trajeron, aquella esquina se convertiría en un punto neurálgico de la comuna.

Quien estuvo por más tiempo al frente de la parroquia, entre 1941 y 1972, fue el párroco Alfonso Alvarado. Según cuenta Mallea, Alvarado llegó un día en micro y solo gracias a las indicaciones del chofer logró encontrar la ubicación exacta de la aislada iglesia. Aún hay quienes recuerdan al párroco montado en su yegua Centella, recorriendo fundos y capellanías para escuchar a los campesinos, rezar con ellos, apoyarlos y dar consuelo a los enfermos.

En 1955, Alvarado consiguió fondos para crear una Escuela Parroquial que fue fundamental en el desarrollo de la educación primaria en la zona. Años después, en los 70, el Arzobispado asumiría su dirección, pero la labor de la Parroquia en esa materia es uno de los pilares sobre los que se apoya la Fundación.

Mientras Santiago se urbanizaba, el campo retrocedía. En los 60, Maipú fue la primera comuna de la Región Metropolitana en tener un cordón industrial y esto hizo que se llenara de villas y poblaciones levantadas para los trabajadores de las industrias aledañas.

A esas alturas, la parroquia estaba en un estado de deterioro evidente. Sucesivos terremotos a lo largo de décadas habían causado estragos en ella. En 1948, el Arzobispado había iniciado la construcción de un nuevo templo, diseñado por el arquitecto Juan Martínez Gutiérrez, autor del edificio de la Escuela Militar, un grandioso proyecto que más tarde se conocería como el Templo Votivo de Maipú. Pero la falta de recursos y ciertas disputas en la comunidad demoraron las obras. La nueva sede se inauguró recién el 24 de octubre de 1974, fecha del aniversario de la muerte de Bernardo O'Higgins.



Frontis de la antigua Parroquia Nuestra Señora del Carmen, inaugurada en 1895.



Antiguo Templo de Maipú, Capilla de la Victoria 1930.  
Créditos: Web Fotografía Patrimonial

Los planos de Martínez, sin embargo, no consideraban una parroquia. Y ante la falta de proyecto inmediato de construirla en otro lado, se decretó su demolición. Aunque hubo quienes se opusieron y existieron campañas en la prensa para evitar que fuera destruida, no tuvieron éxito. Lo único que quedó de la antigua parroquia fueron dos grandes muros que se conservan hasta hoy en el lugar a modo de monumento nacional.

En paralelo, en la calle Monumento 1777, en el terreno donado por Trinidad Argomedo, se habitó un galpón para guardar parte de la infraestructura y objetos de la demolida parroquia, que terminó sirviendo como sede temporal por varios años. Bajo un techo de malla, se realizaban misas y se reunía la comunidad católica de Maipú. Mauricio Hourton, el párroco que había asumido en 1972, decidió que la nueva iglesia se construiría en ese mismo lugar. Pero tendría que esperar un buen tiempo para verla hecha realidad.

## EL ORIGEN

A partir de los años 70, la explosión demográfica en Maipú se disparó. La comuna siguió creciendo y con esto aumentó el número de vecinos y de familias que acudían a la sede parroquial. Este incremento dejó en evidencia la necesidad de una sede a la altura de las necesidades de la comunidad, pero la falta de recursos se alzaba como una pared infranqueable. El terremoto de 1985 no hizo más que complicar las cosas. “Se cayó todo, hasta el cementerio. Con ayuda de los laicos fuimos reconstruyendo los espacios”, recuerda el ex párroco Carlos Risopatrón, quien llegó ese mismo año a hacerse cargo de la parroquia y estuvo hasta 1991.

A comienzos de los años 90, la Iglesia de Santiago decidió establecer un Decanato en Maipú, con el fin de organizar la acción pastoral y facilitar el crecimiento de sus comunidades. Tras esta redistribución, la Parroquia Nuestra Señora del Carmen quedó en la misma circunscripción que el Templo Votivo de Maipú y como “madre” de otras cuatro parroquias: Nuestra Señora de la Visitación, Santa María de la Esperanza, Cristo Resucitado e Inmaculada Concepción. En las décadas siguientes, se sumarían dos más: las parroquias María Misionera e Inmaculado Corazón de María.

En 1991, el sacerdote Felipe Karadima, quien fue vicario parroquial y luego administrador parroquial, tuvo un rol determinante en la construcción del nuevo templo que reemplazaría el antiguo galpón. Cuenta Manuel Díaz, un laico de Maipú quien apoyó la administración de la Parroquia entre 1991 y 2001, que Karadima convocó a quienes quisiesen participar en el nuevo proyecto. Díaz dividió a los voluntarios en comisiones de trabajo y entre todos pusieron manos a la obra. En el comité a cargo del diseño de los planos participó el sacerdote Juan Cristóbal Lira, párroco de Cristo Resucitado, una de las iglesias del Decanato.

Parte del trabajo consistía en recaudar fondos para levantar la nueva sede. Para ello se contó con la participación del diputado por el Distrito 8, Carlos Dupré, y del senador Andrés Zaldívar. Pero Díaz señala al exministro de Hacienda Martín Costabal, entonces presidente del directorio de la empresa Pizarreño, como uno de los colaboradores esenciales: “Costabal se comprometió con nosotros a tal punto que un día salimos juntos a recorrer todas las

empresas del sector y conseguimos recaudar una cantidad de dinero fundamental”, recuerda.

Hasta ese momento, en el terreno donado por Trinidad Argomedeo existían unas maltrechas edificaciones de adobe que se utilizaban como pequeños locales de venta administrados por la Parroquia. Había zapateros, vendedores de plantas y artesanos que a duras penas pagaban el arriendo. Para entonces, la esquina ya era un punto de la comuna muy concurrido, con un evidente valor comercial. Había una oportunidad que aprovechar.

Así se fue instalando la idea de usar el terreno donado para cumplir el mandato original de la vecina Argomedeo y obtener recursos para invertir en la mantención y el funcionamiento de las cinco parroquias de Maipú. Cuando se tomó la decisión de construir locales comerciales modernos, la gestión correspondió al sacerdote Cristóbal Lira, quien participaba en las actividades de Nuestra Señora del Carmen.



Templo Votivo de Maipú, 1974.

“Un conocido de Lira trajo la idea de hacer locales en esa valiosa esquina y a todos nos pareció muy buena idea, porque aseguraría a la Parroquia un financiamiento constante”, comenta el laico Manuel Díaz. Se preestableció que los montos de los arriendos se destinarían a apoyar la labor pastoral en Maipú, financiando proyectos de las parroquias del Decanato. De esta forma, a los planos de la nueva parroquia se añadió el diseño de cinco locales comerciales.

La idea inicial era asignar un local a cada una de las cinco parroquias que entonces existían en Maipú, pero se cambió de rumbo y se pensó en una forma solidaria de distribuir los fondos, que asegurara un trato igualitario a todas las parroquias y tuviera la capacidad de financiar proyectos de mayor envergadura. “Era un monto interesante de plata, pero el riesgo era que se diluyera en los asuntos cotidianos de las parroquias que debiesen ser resueltos con el esfuerzo de la comunidad parroquial. Entonces, me parece que la idea de administrar estos recursos para emplearlos en proyectos importantes fue muy bien pensada”, expone Eduardo Tagle, primer presidente del directorio de la Fundación.

En diciembre de 1991, se inauguró la nueva Parroquia Nuestra Señora del Carmen, en el mismo terreno en que existía el galpón. En su edificación, se aprovecharon algunas de las viejas construcciones que aún existían en el lugar. Así, además de la iglesia, se construyeron unas modestas salas de reunión y los flamantes locales comerciales.

En 1993 y en sucesión de Karadima, llegó el párroco Juan Ambrosio Tapia. En un comienzo, la Parroquia Nuestra Señora de El Carmen era la encargada de administrar los arriendos de los locales, lo que no tardó en provocar problemas. “Recuerdo que un día uno de los gerentes de las empresas que arrendaba uno de los locales vino a hablar conmigo para que le rebajara el arriendo. Y yo me preguntaba: ‘¿Qué hago con este gerente? ¿A quién le pregunto, a quién se lo cuento?’. Yo no contaba con ninguna herramienta para manejar esa situación”, relata Tapia.

Se hizo evidente la necesidad de establecer una entidad que administrara el arriendo de los locales y gestionara dichos ingresos. Para evitar que la Parroquia o el Arzobispado se involucraran, se decidió crear una fundación con un directorio, que quedó constituida el 29 de diciembre de 1993. Al comienzo se llamó Fundación Nuestra Señora del Carmen de Maipú, pero con el fin de evitar confusiones con la Parroquia, pasó a llamarse Fundación El Carmen de Maipú.



Primer párroco de la Parroquia Nuestra Señora del Carmen, padre Germán Gamboa.

Desde un principio, se estableció como criterio de operación la solidaridad interparroquial y eclesial, y la participación efectiva de laicos para que aportaran a la continuidad de la organización. “Con la creación de la Fundación, se trató de optimizar un bien pastoral –los locales de la Parroquia Nuestra Señora del Carmen–, que fueron dados en comodato a la Fundación para que la representara en la gestión, asignando solidariamente los recursos financieros a las parroquias del Decanato de Maipú”, explica Marcelo Dutilh, quien se integró al directorio en 1994, por invitación del Arzobispado.

Los fondos cubrirían dos líneas básicas del funcionamiento de las parroquias: la infraestructura y la formación espiritual, que consistía en asegurar el acceso a retiros que, debido a su costo, eran inaccesibles para muchos vecinos.

Fue Horacio Valenzuela, presidente del comité precursor de la Fundación en tanto vicario de la Zona Oeste, quien solicitó que estas directrices quedaran establecidas explícitamente en el reglamento de la Fundación, de modo que todos sus participantes estuvieran alineados en torno a sus propósitos. “Era un tema de justicia. Para que todos jugaran con las mismas reglas y nadie se sintiera más beneficiado o más perjudicado. Si todos conocían las reglas del juego, entonces participarían de forma igualitaria”, señala. Además, se estableció en el reglamento que lo recaudado serviría para financiar “las actuales y futuras parroquias del Decanato”, considerando que Maipú seguía creciendo como comuna.

De este modo, se empezaron a realizar reuniones mensuales para discutir las normas y principios de la Fundación, y también para establecer la composición y las directrices del directorio, el cual se oficializó el 21 de septiembre de 1994. Según sus estatutos, este debía contar con la presencia de tres sacerdotes y cuatro laicos. El primer directorio estuvo integrado por un representante del Arzobispo de Santiago; el vicario episcopal de la zona oeste de la Arquidiócesis de Santiago; un perito en materias económicas; dos laicos del Decanato de Maipú expertos en materias económicas propuestos por los párrocos de la comuna; el párroco de Nuestra Señora del Carmen; y un sacerdote del Decanato propuesto por los párrocos de Maipú.

Una vez concluidos los estatutos y la conformación del directorio, el Arzobispado resolvió que otorgaría a la Fundación independencia y libertad de acción. Así, cada año, la entidad entrega al Arzobispado un estado financiero y un informe de lo realizado.



Interior de la antigua sede de la Parroquia Nuestra Señora del Carmen, previo a su demolición.



Templo Votivo de Maipú y Av. 5 de Abril, a mediados de los años 70.

## PRIMEROS PASOS

---

Ya con el directorio funcionando, y guiados por el derecho canónico, se terminaron de construir los locales con un préstamo del banco BHIF y en cuanto se pusieron en arriendo el dinero comenzó a llegar mensualmente. Su ubicación central, en el corazón comercial de Maipú, los convirtió en un lugar altamente requerido por servicios como bancos u otros.

Pronto comenzaron a aumentar las solicitudes de fondos por parte de las parroquias para financiar proyectos de toda índole, motivo de uno de los primeros problemas que se plantearon en el directorio de la Fundación. Qué hacer con el dinero, qué criterios usar para asignarlo y cómo distribuirlo fueron las preguntas que se estudiaron, con el fin de actuar con la máxima equidad y justicia a la hora de asignar fondos. Ese aspecto fue muy relevante para el párroco Juan Tapia. “Era como si yo liderara una parroquia millonaria en recursos frente a otras parroquias muy pobres. Por eso surgió el criterio solidario que nos asistió en ese momento. Fuimos muy claros y perseverantes en ese tema”, apuntó.

Desde su primer año de funcionamiento, la Fundación empezó a recibir solicitudes para proyectos de gran envergadura, como la compra de un terreno para una sede parroquial en avenida Parque Central Ciudad Satélite de Maipú o la construcción de cinco salas para las catequesis de la Capilla Nuestra Señora de Belén. La aprobación de obras estuvo alineada con el objetivo de no asignar fondos a gastos cotidianos: “La idea de usar los recursos en proyectos importantes, y administrarlos con esa mirada, estuvo muy bien pensada y se transformó en un modelo muy virtuoso que ha demostrado ser una forma eficiente de priorizar proyectos interesantes para la comunidad por encima de las necesidades del día a día de las parroquias. Cuando me integré al directorio, esta idea ya estaba consolidada y yo la suscribí de inmediato”, señala el ingeniero Eduardo Tagle.

Otra resolución del directorio tuvo que ver con los criterios y las políticas del uso de los ingresos. Se decidió que no se asignarían todos los fondos mensualmente y que se crearía una cuenta de ahorro, para disponer de recursos seguros cuando se necesitara invertir en algún proyecto mayor. El

directorío acordó que la mejor forma de rentabilizar ese dinero era mediante la inversión en fondos mutuos, de la manera más austera posible: sin gastos de administración, a través de una cuenta corriente única y de una chequera que requería de dos firmas y de la autorización del directorio para cualquier giro.

Se estableció, además, el criterio de igualdad en los estatutos: “...procurar que todas las parroquias dispongan de algunos recursos básicos para su normal funcionamiento; estructura física, terreno, templos, viviendas, salas, velatorios; recursos humanos, secretaria, agentes pastorales, sacristán, previsión; y actividades religiosas, retiros, cursos, medios de transporte”. El objetivo era asegurar un trato igualitario para todas las parroquias del Decanato.



El párroco Alfonso Alvarado fue quien estuvo por más tiempo a cargo de la parroquia Nuestra Señora del Carmen. Foto tomada en su condecoración como Vecino Ilustre de Maipú.

Muchos destacan este criterio, ya que la Parroquia Nuestra Señora del Carmen, propietaria de los locales, podría haber exigido prioridad o privilegios a la hora de postular a fondos. “Es importante resaltar la generosidad de la parroquia, que se allanó a esta idea de que los locales no solo fueran en beneficio de ella, sino que aportaran al Decanato de Maipú. La parroquia lo entendió así desde un principio, fue muy generosa”, dice Eduardo Tagle.

Se financiaron proyectos como la construcción de baños y velatorio para el templo de Santa María de la Esperanza en 1994; la compra de mobiliario para las salas de reunión de la Parroquia Nuestra Señora de la Visitación en 1996, y la adquisición de sillas para el servicio litúrgico de la sede María Misionera un año después. Este tipo de iniciativas constituían los principales gastos de las parroquias y, para financiarlos, había que seguir un protocolo. Bajo el nombre de “criterios distributivos”, se consignaron los tipos de proyectos que se podían postular, como adquisición de terrenos, construcción de templos o capillas, además de cursos, jornadas, elementos litúrgicos, mobiliario, medios de transporte o ayuda solidaria, todos acorde a las “orientaciones pastorales”. Estas se incorporaron en la agenda, pues los principios de la Fundación debían sintonizar con la orientación de las autoridades eclesiales.



El nuevo templo en construcción.

Se decidió, también, que los miembros del directorio no participarían en la presentación de proyectos, para poder dirimir libremente y sin conflictos entre las postulaciones. Además, se estableció que, en los casos en que tocara analizar proyectos presentados por las parroquias a las que alguno de los miembros del directorio pertenecía, este debería ser especialmente cuidadoso al intervenir en la discusión. “Cuando se ven proyectos de las parroquias de alguno de los miembros del directorio, ese miembro no se va para afuera, pero permanece en silencio”, explica Eduardo Tagle.

Por último, se establecieron los mecanismos para realizar la “solicitud de financiamiento para proyectos”, cuestión que se decidió formalizar para que todos transitaran por el mismo conducto y se evitaran irregularidades propiciadas por errores de comunicación o de interpretación. No se recibirían postulaciones mediante llamadas telefónicas y se diseñó un protocolo base, con un formato que pedía explicar la solicitud, los motivos de la necesidad, el diseño del proyecto, los plazos y el aporte que podían comprometer. Para mantener un orden en el proceso, se determinó que las postulaciones se recibirían dos veces al año. Gracias a todo esto, se generaron oportunidades sin favoritismo ni opacidades en la tramitación de los fondos. “Esta fue la segunda gran tarea que fuimos desarrollando y mejorando a través del tiempo”, detalla Marcelo Dutilh, quien integró el directorio hasta 2010. Los criterios facilitaron el financiamiento de proyectos tan dispares como la renovación de techumbre, lucarnas y ventanas de la Capilla Sagrada Familia para mejorar el ambiente de oración o la compra de terrenos para la construcción del templo de la Parroquia Nuestra Señora de Visitación.

La Fundación se preocupó especialmente de proyectos de construcción. Uno de los más emblemáticos fue la capilla de San José Obrero, en la zona más pobre del Decanato. La capilla se construyó desde cero, gracias a la iniciativa del laico Manuel Díaz y del párroco Juan Tapia, quienes promovieron la compra de dos sitios de una manzana en el sector y la posterior edificación de un espacio que, hasta hoy, está dedicado a la comunidad y a su desarrollo espiritual.



La comunidad reunida en una misa al interior del antiguo galpón. Fines de los años 70.

## OPERACIÓN COTIDIANA

La Fundación sesionaba una vez al mes, salvo que fuese época de postulaciones y ameritara más reuniones a causa de la cantidad de solicitudes ingresadas. La jornada comenzaba alrededor de las ocho o nueve, con una oración y lectura bíblica, en alguna parroquia del sector elegida con antelación, donde los miembros del directorio eran recibidos por el párroco para conversar sobre la realidad de su comunidad y sus problemas. Se compartía un desayuno, financiado por la Fundación. Después, el directorio se reunía para debatir las prioridades del mes según los proyectos ingresados, se clasificaba las solicitudes según su tipo y se les asignaba un porcentaje del fondo disponible, que cambiaba año a año. A los retiros espirituales, que eran unos de los requerimientos más populares, se les destinaba el 50%. Incluso se llegó a aportar a parroquias que no eran del Decanato, como la Parroquia San Vicente Palotti, ubicada en la comuna de Quinta Normal, en 1999.

Con esta mirada, la Fundación se posicionó como una opción para las parroquias que, previo a su existencia, sólo encontraban en organizaciones internacionales la oportunidad de recibir ayuda económica. Las capillas, por su lado, también aprovecharon estos recursos para mejorar sus lugares de oración y dotarlos de servicios. Incluso se construyeron capillas desde cero, como ocurrió con la Capilla San José Esposo de María, cuya edificación central comenzó en 1994, después vinieron las salas, más tarde la ampliación de la sede hasta que el proceso concluyó en 2004 con la renovación de un techo para el salón principal.

Otra actividad valiosa para mantener el vínculo con el territorio era la junta anual con los sacerdotes y los religiosos de la zona. En esta, el directorio se sentaba a escuchar, levantar proyectos e informar a la comunidad sobre las herramientas que la Fundación les podía entregar. “Una forma de elegir buenos proyectos es que existan muchos proyectos”, especifica Eduardo Tagle. Estas instancias se aprovecharon para organizar y comunicar las proyecciones de la Fundación y sus prioridades. El objetivo era ayudar a satisfacer la creciente necesidad de lugares de culto, junto con aportar a la formación de la comunidad y correspondiente necesidad de infraestructura.



El párroco Carlos Risopatrón, quien estuvo a cargo de la parroquia, en su sede temporal, hasta 1991.

En ese marco los retiros espirituales, como actividades transversales, eran muy importantes para la pastoral de la Zona Oeste, y los curas los promocionaban. No obstante, la realidad material de las parroquias era desigual. Mientras algunas carecían de infraestructura o mobiliario adecuado, otras contaban con mayores comodidades, entonces se hizo necesario establecer esa distinción antes de destinar recursos. Esto llevó a la Fundación a priorizar aquellas comunidades con necesidades mayores, y a no gastar en aspectos superficiales. El directorio se alineó con este principio de austeridad económica, generando que cualquier proyecto que mostrara falta de sobriedad fuera desechado.

Se les notificó a los párrocos estas directrices y se estableció como requisito de postulación adjuntar un presupuesto formal, al menos dos cotizaciones y una carta que explicara los fundamentos del proyecto. Además, los postulantes debían hacer un aporte al proyecto, por mínimo que fuese, como muestra de confianza y compromiso con la inversión. De este modo, se instó a los distintos párrocos del Decanato a buscar apoyo en su comunidad y hacer actividades que garanticen un pie, aunque sea de un 1%. Héctor Baeza, diácono de la Parroquia Nuestra Señora del Carmen, señala que este requisito ha sido muy formativo. “En Maipú existen familias con distintas realidades socioeconómicas, y quienes tienen menos han ido siempre a los retiros, porque la Fundación los ha apoyado. Pero como norma, la Fundación financia el 50% del valor del retiro, no la totalidad. Y eso ha sido muy educador, porque las personas se comprometen con lo que están haciendo. Por eso hoy esa mirada de la Fundación está muy presente en cada una de las actividades que hacemos”, señala.

Se estableció, también, como condición, que todos los proyectos vieran firmados por el párroco de la parroquia que postula el proyecto. Así se garantizaba que la iniciativa, que podía haber nacido de un grupo de laicos, estuviera respaldada por el encargado de la parroquia.

No todos los proyectos que llegaban cumplían con los requisitos mínimos para ser considerados por el directorio, mucho menos aprobados. A veces se determinaba que no estaban “en la línea” de lo que buscaba la Fundación o que la formulación tenía un presupuesto mal diseñado. En esos casos, si el directorio estaba interesado y creía que el proyecto se podía mejorar, se les comunicaba a los postulantes, de forma que lo trabajaran y lo presentaran en el siguiente período. Había también proyectos que a la Fundación le parecían atractivos, pero los fondos

no alcanzaban para financiarlos, por lo que se decidía rechazarlos.

Ante el incesante incremento de requerimientos provenientes de todas las parroquias, se decidió contratar a una persona que ayudara a los párrocos a ordenar sus planes y visiones. A los que requerían más recursos, que eran pocos, se les pedía que entregaran avances periódicos, que el encargado revisaba para asegurar la suficiencia de los fondos invertidos y para elaborar un reporte. Si se determinaba que se requería de mayor apoyo, se enviaba a un voluntario a reunirse con el párroco para ayudarlo con el proyecto.

Este proceso, a veces minucioso y extenso, fue retribuido con el agradecimiento de las comunidades que le confiaban a la Fundación sus aspiraciones. Una vez terminado el trabajo, los miembros del directorio eran recibidos en persona, con muestras de respeto y cariño. Eduardo Tagle cuenta que en estas ocasiones se podía palpar el valor del trabajo de la Fundación. “Ahí daba entre orgullo y vergüenza escuchar los aplausos. No estoy acostumbrado a ese tipo de cosas. Pero obviamente, nos interesaba mucho participar con los párrocos, los escuchábamos y nos decían dónde estaban sus dolores, sus problemas”, afirma.



Oficinas parroquiales, construidas junto al antiguo galpón y la torre con el campanario. Segunda mitad de la década del 70.



Así se veía el antiguo galpón después de un día lluvioso.



Ceremonia de inauguración y bendición de una parte del nuevo templo, junto a los vecinos, a comienzos de los 90.

## ADAPTARSE A LOS TIEMPOS

Con el sistema de asignación de recursos implementado y a toda marcha, la atención de la Fundación se dirigió a los retiros, uno de los requerimientos más recurrentes y que parecían crecer año tras año. Formaban parte de los planes de todas las parroquias, con cada vez más fieles interesados. Muchos, sin embargo, no tenían ni para costear una noche. A raíz de esto, y ante la dificultad que había para conseguir espacios para realizar los retiros debido a sus elevados precios, se pensó en construir uno propio. Este sería el primer proyecto propio de la Fundación.

El plan se puso en marcha en 1996, con Eduardo Tagle a la cabeza por parte del directorio. Se le dio un giro a la política de distribución de recursos, con el fin de juntar lo necesario para la construcción de la casa de retiro. El terreno escogido estaba en Camino a Lonquén, en el loteo Las Tranqueras, parcelas 21-22, Santa Elena, Talagante. Reunía las características necesarias de accesibilidad y de pertinencia para actividades eclesiales. Con el voto unánime del directorio, se compró el sitio, se cercó y pronto se empezó a discutir la logística y los costos de edificación, para lo que se contrató al arquitecto Guillermo Baranda. Este último entregó una primera maqueta.

En palabras de Baranda, el terreno era inmenso: tres lotes en medio del valle, distribuidos en tres sitios, con la cordillera de fondo. Incluso tenía un pozo. En la maqueta la casa de retiros tenía capacidad para 120 personas, con comedores, un espacio central y dos alas, que se hubiesen construido en dos etapas, además de una capilla que aún no se decidía qué ubicación darle, pero con todos los permisos de edificación ya aprobados. “Es un proyecto ambicioso que va a requerir un esfuerzo importante, pero que estamos seguros va a ser de una gran ayuda para el trabajo espiritual de la comunidad”, escribió Eduardo Tagle en el Informe Anual de enero de 1997.

Pero el proyecto no prosperó. Ninguna autoridad dio el visto bueno, partiendo por el entonces arzobispo Francisco Javier Errázuriz y el Arzobispado. Argumentaban que las condiciones del país, que pasaba por una crisis económica, habían cambiado, y junto a ellas las urgencias de la Iglesia y los planes pastorales. Por más que el proyecto fuese pensado para ser asequible a todos los bolsillos, los

costos de transporte seguirían siendo elevados, y las necesidades espirituales de las personas no desistirían tras un par de días de retiro alejados de sus casas. Con la ciudad expandiéndose cada vez más, se decidió entonces enfocar los esfuerzos en adecuar los espacios de oración y reflexión cercanos a los hogares, cosa de transformar el espacio urbano disponible en uno más amable para los creyentes. Hasta ahí llegó la iniciativa. O al menos así fue por unos años.

Para comienzos de los 2000, la comuna de Maipú alcanzaba ya casi el medio millón de habitantes. En el Censo 2002, se había convertido en la segunda comuna más poblada del país y la noticia contribuyó a que la ubicación de los locales comerciales de la Fundación siguiera valorizándose.

Con este trasfondo, el directorio buscó definir una línea sobre el tipo de negocios que operaban en los locales. “Cuando llegué, se arrendaban a quien lo solicitara. Había unas tiendas poco atractivas. ¿Cómo vas a tener un banco en la esquina, otro banco allá, y entre medio una tienda que vende regalos y otra que trae ropa interior china? Entonces fuimos ordenando eso, de tal manera que solo quedó como un área de servicios bancarios y eso le dio aún más plusvalía a los arriendos”, cuenta Jorge Giuliano, quien asumió como párroco en 2001.

Así, para 2009 el escenario había cambiado de nuevo y de pronto se abrió la posibilidad de retomar el proyecto de la casa de retiros de la Fundación, pero esta vez en las instalaciones del Templo Votivo de Maipú, a pocas cuadras de la Parroquia. Ahí había unos terrenos y una escuela que no estaban funcionando, y que eran ideales para entregarlos en comodato a la Fundación y construir en ese lugar la anhelada casa de retiros. Este acuerdo se realizó entre el cardenal Errázuriz, los monseñores Fernando Chomalí y Héctor Gallardo, y miembros del Voto Nacional O’Higgins, y solo quedó como tema pendiente la discusión del reglamento del uso de la casa, las jornadas y el traslado de las dependencias.

El nuevo proyecto, dirigido por Marcelo Dutilh, venía, sin embargo, con modificaciones. “Se dijo ‘debiéramos hacer, más que una casa de retiros, un centro de espiritualidad’. El templo tiene unas instalaciones con sala de reuniones, una cocina, cosas así. Parte de las negociaciones era arreglar y recuperar las instalaciones que tenían ellos y después construir”, recuerda Dutilh. Se acomodó lo transitado a la nueva meta y se establecieron cinco objetivos para la futura Casa de Espiritualidad Santísima Trinidad: la realización de la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal, retiros y ejercicios espi-

rituales, jornadas de contemplación, cursos y conferencias de espiritualidad, y otras actividades de índole espiritual.

Pero de un momento a otro, a poco de cerrar el acuerdo, las conversaciones se frenaron. “Monseñor Ezzati (nombrado arzobispo en diciembre de 2010) nos dijo que estábamos equivocados, porque en Santiago no faltaban lugares de retiros, sino que esos lugares estaban en muy mal estado. Entonces nos propuso que cambiáramos nuestro proyecto por ayudarlos a reconstruir una casa de retiros que estaba en muy mal estado”, detalló Eduardo Tagle.

Ezzati quería mejorar la casa de retiro de San Francisco Javier, en la comuna de Ñuñoa y ese proyecto recibió entonces los recursos que la Fundación había ahorrado. Con ello, la Fundación hizo un aporte a la comunidad que trascendía el Decanato. A cambio, se solicitó que los párrocos de Maipú tuvieran cierta prioridad de reserva de la casa de retiro para el uso de sus feligreses.

Entre 2014 y 2015, los directores Felipe Dutilh y Gabriel Ramírez conversaron con Jorge Ortiz y Ramiro Montecinos, representantes del Arzobispado, acerca de esta situación. Se establecieron cláusulas relativas al uso preferente de la casa de retiro por parte de las parroquias del Decanato y se definió que, además de la habilitación del espacio y de la remodelación de módulos antiguos, se construiría un pabellón extra para aumentar la capacidad del nuevo recinto espiritual.



Celebración del centenario de la parroquia, con la participación de sus últimos seis párrocos. De izquierda a derecha: padre Felipe Karadima, padre Carlos Risopatrón, padre Ramón Gutiérrez, padre Juan Ambrosio Tapia (párroco en ese momento), padre Alfonso Alvarado y padre Mauricio Hourton. 1995.



El arzobispo Carlos Oviedo bendiciendo a la comunidad de Maipú y al nuevo templo de la Parroquia Nuestra Señora del Carmen.

## MANOS A LA OBRA

El funcionamiento de la Fundación y la asignación de fondos siguió operando, sin más interrupciones que por temas administrativos, durante la primera década de los años 2000. Según un informe de la entidad que registra las inversiones realizadas entre 1994 y 2006, al término de este período se habían invertido \$ 663.300.699 millones de pesos en la construcción y mantención de las ya siete parroquias del Decanato, incluida la Parroquia Nuestra Señora del Carmen. A ello se sumaban \$ 179.116.500 destinados a gastos relativos a la casa de retiros, la vicaría Zona Oriente y el propio Decanato, entre otros.

Al desglosar estas cifras, queda de manifiesto que se ha mantenido inalterable la decisión de dar a todas las iglesias un trato igualitario, incluida la “parroquia madre”. En el detalle se observa que, entre 1994 y 2006, la Parroquia Nuestra Señora del Carmen recibió \$ 111.696.688 millones de financiamiento, mientras que a los proyectos de Nuestra Señora de la Visitación se le concedieron \$125.097.611, y a Santa María de la Esperanza se le asignaron \$ 120.214.400. La Parroquia Inmaculada Concepción, por su parte, recibió \$ 118.750.500.

Una buena porción de estos aportes ha sido destinada a apoyar la realización de los valorados retiros para la comunidad. A la par, se han reparado techumbres, se han construido casas sacerdotales, se han remodelado capillas, se ha financiado la compra de bancas para los templos y se han adquirido equipos técnicos como fotocopiadoras, computadores, micrófonos, pedestales y parlantes para las liturgias. No sólo eso; también se ha contribuido a la realización de eventos para la comunidad, como el Sexto Festival *Una canción para Jesús* en 1994, el Encuentro Continental de Jóvenes en 1998, y hasta la instalación de la Cruz del Jubileo en 1999, una cruz de acero de 16 metros de que se ubicó en el Cerro Primero de Rivera de Maipú.

En 2010, sin embargo, un hito histórico obligaría a la Fundación a reevaluar los criterios para la asignación de recursos: el gran terremoto que el 27 de febrero de ese año sacudió al país. Conmovidos por la destrucción material, el directorio de inmediato se puso en acción. Se contactó con el Arzobispado y, en conversaciones con el vicario de la Zona Oeste, se elaboró el segundo proyecto propio de la Fundación: la atención de los efectos del

sismo en Maipú. El 6 de marzo, en una sesión extraordinaria, se acordó contratar a un ingeniero calculista para que evaluara el estado de las parroquias del Decanato, con sus correspondientes capillas. Además, se donaron cien millones de pesos para los daños producidos en las inmediaciones de toda la Zona Oeste.

Dado que la Iglesia se encontraba en un difícil momento económico en vista de que debía resolver los daños estructurales a lo largo del país, la Fundación nuevamente ofreció su ayuda al Arzobispado y se hizo cargo de las congruas de todos los párrocos de Maipú por un año. Con ello, se demostró que la Fundación, pese a ser una entidad independiente y dueña de una estructura clara, es activa en su rol de apoyar y alinearse con el Arzobispado cuando así se requiere.



La comunidad de Maipú reunida en una misa en la Parroquia Nuestra Señora del Carmen.

Esta relación volvió a estrecharse a causa de la pandemia de 2020, en particular para aportar ante la falta de ingresos de las parroquias, que se diluyeron por los sucesivos encierros. La Fundación ofreció sus recursos para asumir los gastos cotidianos de las parroquias por el plazo de un año.

Pero las cuarentenas y la falta de recursos económicos calaron tan hondo en las finanzas de las parroquias que llegaron a faltar alimentos en algunos sectores, razón por la que se decidió donar mensualmente un monto al Decanato de Maipú para comprar cajas de mercadería. Este compromiso se renovó todas las veces que fue necesario en las reuniones de directorio, a la vez que sumaron una serie de donaciones al Fondo Solidario de Parroquias de Santiago durante 13 meses, entre 2020 y 2021, para llevar la ayuda más allá del Decanato.

Este tipo de acciones solidarias y oportunas han honrado a todo quienes han participado en la Fundación en estos 25 años. “Fue muy bonita esa etapa. Es algo para sentirme orgulloso. Detrás de ella hay un gran espíritu de solidaridad y de generosidad”, destaca el exmiembro del directorio y párroco Jorge Giuliano.

El funcionamiento del arriendo de los locales ha mostrado solvencia y sostenibilidad en los libros por décadas y también en la retribución de muestras de aprecio. Esto ha derivado en conversaciones de directorio que proyectan algunas alternativas para ampliar sus capacidades, como comprar nuevos terrenos y construir nuevos locales comerciales. El objetivo es generar más ingresos y expandir este eficiente modelo para que la Fundación quede instalada como una institución volcada a la ayuda sin distinción ni límites, con la capacidad de adaptarse a las urgencias de los tiempos.

El obispo Horacio Valenzuela, expresidente del directorio, es enfático en lo valioso que sería reproducir lo logrado por la Fundación: “Es una iniciativa que deberíamos acoger mucho más. Yo sé que hay grandes experiencias de solidaridad entre los sacerdotes, pero no es bueno que esas experiencias queden sujetas a la subjetividad de cada uno. Debe instalarse una cierta objetivación institucional sobre la solidaridad, sin que sea una cosa muy forzada. Creo que en eso la Iglesia puede avanzar mucho. No puede ser que en una parroquia sobren los medios económicos y en otra no haya recursos para pagar un cursito de formación. Si esto se replicara en el espíritu, guardando ciertamente las particularidades de cada parroquia y cada iglesia, sería una cosa muy linda”.



Celebración del centenario de la Parroquia con el entonces arzobispo Carlos Oviedo y los sacerdotes y vicarios vinculados a la labor parroquial. 1995.

Estas reflexiones surgen en torno a una gestión que ha podido sostenerse en el tiempo, permitiendo imaginar un futuro aún más prometedor, siempre respetando la línea trazada en los estatutos, que busca mejorar la situación de todas las parroquias. Esto último es parte del espíritu de la Fundación y de su declaración de principios: se trata de una entidad que está al servicio de la comunidad y cuya labor se sustenta en conocer el territorio en que está ubicada y en conversar cotidianamente con sus párrocos, laicos y vecinos.

La Fundación está consciente de que su labor es singular en comparación a lo que existe en otras regiones y en Sudamérica. Por esto, uno de sus futuros objetivos es exportar su modelo de financiamiento para que otros organismos puedan acceder a recursos, incluso antes de que surja la necesidad de salir a pedirlos. Esta ayuda podría incluso destinarse, según Horacio Valenzuela, a apoyar la labor de *Laudato si'* –segunda encíclica del Papa Francisco–, bajo el entendimiento de que el medio ambiente y los recursos naturales son una obra de Dios que hay que cuidar entre todos. Esto permitiría estrechar relaciones con personas que no comparten la misma fe, pero que viven en el entorno de las parroquias y que también aspiran a vivir en un mundo más verde.

En 25 años, la Fundación El Carmen de Maipú ha recorrido un largo trecho financiando proyectos diversos que han permitido a religiosos y laicos de la comunidad soñar en grande. Tal fue el caso de la construcción de la capilla Sagrado Corazón, una iniciativa que el padre Alfonso Ríos, párroco de Nuestra Señora de la Visitación, presentó en 2014 con el fin de expandir el alcance de su parroquia en Maipú, sobre todo hacia los sectores más alejados. De igual forma, en 2015 el padre Orlando Torres, párroco de Nuestra Señora del Carmen, impulsó la construcción de equipamiento esencial para su parroquia, como salas de reunión y baños.

La ayuda, sin embargo, no se agota en los grandes proyectos. Cierres perimetrales, compra de equipos técnicos y equipamiento de las capillas y sus espacios de encuentro siguen estando presentes en la lista de prioridades de la Fundación. Sus integrantes saben que, al igual que las grandes obras de infraestructura, estas pequeñas inversiones son fundamentales para mantener a la comunidad unida. Y eso, más allá de cualquier moderno edificio o compra de terrenos, es lo más importante.

La Fundación sigue activa y mantiene el modelo de trabajo que durante 25 años le ha permitido estrechar lazos con la comunidad de Maipú y sus parroquias, e incluso trascender dichos límites territoriales. Hoy la institución ha desplegado un trabajo de reflexión y evaluación para dilucidar cómo continuará operando para seguir ofreciendo recursos materiales y logísticos a quienes lo necesiten e identificando las nuevas necesidades de la comunidad. En concordancia con esta línea de acción, en julio de 2021 el directorio tomó la decisión de profesionalizar la gestión y nombró, por primera vez en la historia de la Fundación, a Macarena Suárez como directora ejecutiva.

El año 2022 viene con el desafío de ir más allá y encontrar una manera de trascender las antiguas formas en que se relacionaban las parroquias y comunidad. Para la Fundación El Carmen, la lealtad hacia los vecinos de Maipú tiene que ver con el gesto de Trinidad Argomedo, que en 1915 donó una parcela a la Parroquia Nuestra Señora de El Carmen para que sembrara, cultivara y siempre tuviera recursos propios. Sobre ese terreno fértil están construidos los locales que son la principal fuente de ingresos de la Fundación, que hoy se ha propuesto entregar herramientas que permitan a las parroquias del Decanato encontrar sus propias formas sustentables de financiamiento, de participación y de hacer comunidad, con el gesto de Trinidad Argomedo en la memoria. Desde sus orígenes la Fundación ha cuidado los criterios con que se seleccionan los proyectos que apoya, procurando priorizar lo útil y lo práctico sobre lo suntuoso, su mira seguirá puesta en incentivar la autogestión y la iniciativa en las parroquias. En el pasado, ha sido a través de la compra de equipos de sonido, de computadores o de bancas en una capilla. Para el futuro, los proyectos estarán orientados a hacer una diferencia en la comunidad y a convocar a todos sus miembros a sentirse parte activa de ella.



Pileta de la Plaza Maipú, 1996.  
Créditos: David Guerra, La Voz de Maipú



La comunidad de Maipú bailando y participando en la celebración de los 100 años de la Parroquia Nuestra Señora del Carmen. 1995.

# Directores

---

## DIRECTORES DESDE 1993

---

- P. Juan Ambrosio Tapia Ubilla
- P. Jorge Giuliano Barraza
- Orlando Torres Madrid
- P. Horacio Valenzuela
- Bernardo Faúndez
- Jaime Adasme
- David Vera
- Juan Kind
- Héctor Baeza
- Manuel Díaz
- P. Felipe Karadima
- Ricardo Bascuñán
- Pablo Salhi
- P. Sergio Valech
- P. Pedro Pablo Garín
- Guillermo Villanueva
- Eduardo Tagle
- P. Héctor Gallardo
- P. Alfonso Ríos
- P. Orlando Torres
- Carlos Toro
- Marcelo Dutilh
- P. Galo Fernández
- P. Eduardo Howard

## DIRECTORIO 2022

---

- Pedro De Tezanos Pinto, presidente
- P. Jaime Tocornal, vicepresidente
- Gabriel Ramírez, secretario
- Bernardo Martínez, tesorero
- Felipe Dutilh
- P. Manuel Carmona
- P. Jorge Solís

